

año no dió señales de vida. A Guillermo le entristeció el silencio de su amigo.

Sabía por el tío de Jacobo que éste debía salir de Francia y hubiera querido estrechar su mano antes de partir. Comenzó á aburrirse mortalmente en la Noirande. Supo su padre la causa de sus tristezas y un día al final de la comida, le dijo:

—Sé que quieres ir á París. Te autorizo para que vivas allí un año y espero que no cometerás ninguna tontería. Te abro un crédito ilimitado... Puedes marcharte mañana.

Al siguiente día llegaba Guillermo á París donde supo que Jacobo había marchado al extranjero el día antes. Le había enviado á Veteuil una carta de despedida que Geneveva le remitió. En esta carta jovial y afectuosa, su amigo le participaba que había sido agregado al ejército expedicionario de Conchinchina, y que estaría seguramente mucho tiempo fuera de Francia. Guillermo regresó inmediatamente á Noirande afligido por esta marcha brusca y asustado de encontrarse solo en una ciudad desconocida. Volvió á hundirse en su querida soledad. Pero dos meses más tarde, su padre le ordenó que volviera á París, donde debía vivir un año.

Guillermo alquiló una habitación en la calle del Este en el hotel que habitaba ya Magdalena.

IV

Quando Magdalena encontró á Guillermo, estaba resuelta á dejar el hotel para buscar una habitación que amueblaría por su cuenta. En el hotel franqueable á todo el mundo y alojamiento de estudiantes y gente joven, se hallaba expuesta de continuo á recibir declaraciones brutales, que hacían más penosa su situación al recordársela. En cuanto tuviese su casa, quería trabajar utilizando su habilidad de bordadora y con sus dos mil francos de renta podría atender á sus más urgentes necesidades. Inquietábala el porvenir vagamente, presintiendo que la soledad á la que deseaba condenarse estaba llena de peligros, y á pesar de haberse prometido ser fuerte, transcurrían los días tan solitarios, tan melancólicos, que á ratos la asaltaban pensamientos indignos de flaqueza.

La misma noche de la llegada de Guillermo vió á éste en la escalera, y al dejarla paso, lo hizo con ademán tan respetuoso que Magdalena quedó confusa y sorprendida, pues los huéspedes del hotel, menos galantes, casi la atropellaban al encontrarla echándole el humo del tabaco al rostro. El cuarto del joven estaba contiguo al de Magdalena. Las dos habitaciones solamente las separaba un tabique delgadísimo. Magdalena se durmió oyendo sin querer los pasos del desconocido cuando penetraba en su habitación.

A Guillermo por respetuoso que fuera no le pasaron inadvertidos ni el delicado color ni los admirables cabellos

rojos de su vecina. Aquella noche se paseaba impaciente por su habitación, ante la idea de tener tan cerca de sí una mujer que le excitaba y cuyos movimientos en el lecho oía cada vez que la joven se movía.

Al día siguiente al encontrarse los jóvenes se sonrieron. Su intimidad establecióse rápidamente. Magdalena no ocultó sus simpatías por aquel muchacho de aspecto tranquilo y bueno, tanto más cuanto no le inspiró cuidado alguno por considerarle como un niño. Pensó que si éste se decidiese á la locura de hablarle de amor, bastaría sermonearle cariñosamente para hacer entrar en razón á sus deseos. Teniendo confianza en su fuerza quería guardar su juramento de fidelidad. Algunos días después aceptaba el brazo de Guillermo, consintiendo en dar una vuelta con él y al regreso visitaron sus respectivos cuartos. Por lo demás, no medió entre ellos, ni una palabra de ternura ni la menor sonrisa intencionada. Se trataban como amigos de la víspera con una reserva llena de delicado encanto.

En su fondo, sin embargo, se reconocían vagamente perturbados. Cuando por la noche, en sus habitaciones respectivas, escuchaban mutuamente sus pasos, creían adivinar misteriosamente sus recíprocos pensamientos. Magdalena, creyéndose amada, dejábase amar pasivamente sin corresponder á ese amor. Verdaderamente la joven desconocía el amor. Fueron tan bruscas sus primeras aventuras amorosas, que gozaba infinitamente con las atenciones de Guillermo; su corazón á pesar suyo se interesaba por él, conmovida y subyugada por una simpatía que iba transformándose en ternura. Cuando, algunas veces, recordaba sus pasados sufrimientos, desechaba en seguida tan tristes recuerdos pensando con su nuevo amigo; la pasión de un temperamento sanguíneo habíala asustado, la acariciadora afección de una naturaleza sensible y nerviosa, la llenaba de agradable languidez comprendiendo que satisfacía plenamente todos sus deseos. En cuanto á Guillermo vivía en perpetuo sueño; adoraba fatalmente á la primera mujer que encontró en su camino. Primeramente no se preocupó lo más mínimo en preguntarse quién era aquella mujer; era para él la primera que le había sonreído, y esta sonrisa bastaba para postrarse ante ella y ofrecerle su vida. Extrañábase alegremente de haber encontrado tan pronto una amante, ansioso como estaba de ofrecer su corazón por tanto tiempo encerrado, rebotando pasión cruelmente reprimida, y si todavía no tendía los brazos á Magdalena, era porque no se atrevía á ello; pero creíase su dueño absoluto.

Los jóvenes pasaron así una semana. Guillermo apenas

salía. París le infundía miedo; y por tal motivo no fué á los grandes hoteles cuyas direcciones le había dado su padre. Se sentía muy satisfecho viviendo detrás del Luxemburgo, en aquel barrio tan apacible, á solas con su amor. Hubiera deseado llevarse á Magdalena al campo, lejos, no porque desease hacerla suya más pronto, sino porque los árboles le encantaban y hubiera querido pasear bajo su sombra con ella. Magdalena se resistía sugestionada por un presentimiento sin motivo. Al fin aceptó ir á comer con él en un *restaurant* de las afueras. En la fonda del bosque de Verrières fué donde Guillermo la hizo suya.

Cuando al día siguiente volvieron á París, los dos amantes, hallábanse poseídos de tan gran aturdimiento por la aventura, que se olvidaban de tutearse, sintiendo cierto mortificante malestar que no experimentaron antes. Por un exagerado y raro sentimiento de pudor, resolvieron no dormir juntos en el hotel, que el día antes permanecían extraños uno al otro. Guillermo comprendió que Magdalena tendría que sufrir las sonrisas intencionadas de los criados si fuera á sus habitaciones. Se alojó, pues, desde aquella noche en un hotel cercano. Guillermo dueño ya de Magdalena, quería poseerla solo en el fondo de cualquier nido ignorado.

Procedía en sus actos como si fuera á casarse. El banquero en cuya casa, su padre, le había abierto un ilimitado crédito, le indicó un pabellón solitario que se alzaba en la calle Boulogne y estaba en venta. Guillermo lo compró en seguida después de haberlo visto y en algunos días lo hizo amueblar, teniéndolo listo en menos de una semana. Una noche, tomando las manos de Magdalena, le preguntó si quería ser su mujer.

A partir de la noche que pasaron en la fonda del bosque de Verrières, la visitaba todos los días, como un novio que la cortejase, después de cierto tiempo se retiraba discretamente. La pregunta de Guillermo conmovió profundamente á la joven que contestó echándose en brazos de Guillermo. Hicieron su entrada en el pabellón de la calle de Boulogne como recién casados en día de boda, creyéndose allí realmente casados. No recordaban que el azar les arrojó una noche en brazos uno de otro figurándose que entonces solamente era lícito que se besaran. Dulce y dichosa noche en la que los amantes pudieron imaginar que el pasado quedaba muerto para siempre, y que su unión tenía la fuerza y la pureza de un amor eterno.

Allí vivieron seis meses, separados del mundo, saliendo raras veces. Fué un verdadero ensueño de felicidad. Em-

bebecidos en su ternura y en sus caricias, olvidados de cuanto precedía á sus amores, no se inquietaban de los sucesos que podían eservarles el porvenir. Eran cada día más felices sin que nada ni nadie turbara su felicidad. El pabellón con sus pequeñas habitaciones, adornadas con tapices y cortinajes de colores claros, les ofrecía un nido, oculto, cerrado, silencioso y sonriente. Un pedazo de terreno grande como la palma de la mano, constituía el jardín en el que paseaban del brazo á pesar del frío durante las primeras horas de la tarde.

Magdalena creía haber nacido el día antes. Ignoraba si amaba ó no á Guillermo, sólo comprendía que el joven la inundaba de ternura y procuraba no despertar de aquel sueño. Todas sus heridas se habían cicatrizado, no experimentaba ahora aquellos estremecimientos ni aquellas abrasadoras quemazones que desgarraron su pecho; sentía calor, un calor tibio y agradable que tranquilizaba su corazón. Jamás se interrogaba. Como el enfermo que se siente aún postrado por la fiebre ya en descenso, se abandonaba á la languidez voluptuosa de su convalecencia, agradeciendo en el fondo de su alma al hombre que la había sacado de sus crueles angustias. No eran los arrebatos pasionales de Guillermo los que más la conmovían; en sus caricias entraba la maternidad tanto ó más que la pasión. Era aquel cariño profundamente tierno y delicado que testimoniaba á Magdalena, aquella dignidad con que la trataba como si fuera su mujer legítima. Todo esto la dignificaba á sus propios ojos y podía hacerse la ilusión que de los brazos de su madre pasara á los de un esposo. Tal sueño que su pudor hacía, la llenaba de orgullo y lo acariciaba con todas las intimidades de su ser. Le permitía mostrarse altanera, y siempre más amable, más tranquila y llena de esperanzas, olvidando por completo sus heridas cerradas ya.

Guillermo, vivía en el cielo. Veía por fin realizado su querido ensueño de adolescente. Cuando estaba en el colegio martirizado por los golpes de sus condiscípulos, había soñado á veces en una soledad feliz, en un rincón perdido y oculto donde pasaría encerrado semanas enteras en la ociosidad, sin que nadie le pegase antes bien agasajado y mimado por una hada hermosa y buena que permanecería siempre á su lado, y después á los dieciocho años cuando por sus venas sentía correr la sangre impulsada por vagos deseos, volvió á soñar lo mismo paseando bajo los árboles del bosque, á las orillas del río, reemplazando á la hada objeto de sus ensueños, una querida hermosa y riante, con la esperanza de hallarla enamorada y tierna á

cada recodo de los senderos. Ahora, Magdalena era la bondadosa y dulce hada, la querida que buscaba. La poseía en la soledad soñada, lejos del ruido en el fondo de un misterioso nido en el que ningún ser humano podía perturbar su éxtasis. Vivir lejos del mundo, apartado de su movimiento, sin temor á las maledicciones de los demás, amar con pasión, con toda el alma, acompañado solamente de una criatura gozando de su amor y su belleza, no existía ciertamente mayor felicidad. Esta semejante existencia le compensaba de todas las desdichas de su juventud; cuando tenía que soportar á un padre altivo é irónico, á una vieja fanática cuyas caricias le asustaban y á un amigo cuya amistad no era suficiente para calmar su fiebre de amor.

Y como si esto no bastase una infancia de martir y una adolescencia de desterrado, una continuada y larga serie de angustias, de persecuciones crueles que le hicieron desear ardentemente la sombra y el silencio completos, el anonimato de su dolorido ser en una dulzura sin límites. Por eso ahora descansaba, y se ocultaba entre los brazos de Magdalena como un hombre lleno de laxitud y de fiereza. Todos sus goces, todos sus placeres eran tranquilos. Creía que semejante felicidad no debía tener fin. Imaginábase á la eternidad extendida ante él; la eternidad que duerme bajo la tierra y que dormía él en los brazos de Magdalena.

Abismados en su dicha gozaban sosegadamente, como si el azar les hubiese reunido para curarse mutuamente sus heridas. Sintiendo ambos igualmente la necesidad de un reposo absoluto, sus recíprocos halagos eran gratas pruebas que se daban á cambio de los momentos tranquilos y felices que juntos disfrutaban. Gozaban egoístas de la vida con ansia de hambrientos. Parecíales que empezasen á vivir el día que se conocieron, no mezclando nunca el más pequeño recuerdo en sus amorosos coloquios. A Guillermo no se le ocurría preocuparse de la vida pasada de Magdalena, ni á ésta como la generalidad de los amantes le preguntó jamás por su anterior existencia. Bastábales estar unidos, reírse, ser dichosos como los niños que olvidan el llanto de la víspera y no les intimida el porvenir.

Un día supo Magdalena la muerte de Lobrichon.

—Era un malvado—exclamó por toda oración fúnebre.

Tan indiferente le fué la noticia que Guillermo no se preocupó siquiera. Cuando recibía cartas de Veteuil las guardaba en un cajón después de leídas; nunca su querida le preguntó que le decían en aquellas cartas. Al cabo de seis meses de semejante vida, eran tan extraños uno para

otro como el primer día que se vieron, se amaban y no deseaban conocerse retrospectivamente.

Este idilio terminó bruscamente.

Una mañana que Guillermo había ido á casa de su banquero, Magdalena no sabiendo qué hacer, hojeó un álbum de fotografías que encontró sobre un mueble y el que no había visto aún. La amante lo había encontrado la víspera en el fondo de una maleta. No contenía el álbum más que tres retratos, el del padre de Guillermo, el de Genoveva y de su amigo Jacobo.

Cuando la joven vió este último retrato lanzó un apagado grito de sorpresa. Sin cerrar el libro, apoyadas sus manos temblorosas en las abiertas hojas, miraba atónita el plácido rostro de Jacobo como si estuviese viendo á un fantasma ante ella. Era él, el amante de una noche y después de un año, el hombre cuyo recuerdo dormía en el fondo de su pecho y que resucitaba de pronto haciéndola sufrir cruelmente con su inesperada aparición.

Era como un rayo desprendido de improviso sobre su tranquila existencia, ahora que olvidada de él por completo, era la fiel compañera de Guillermo. ¿Para qué se interponía entre los dos? ¿Por qué le veía allí, en la misma habitación donde á cada momento desfallecía de amor entre los brazos de Guillermo? ¿Quién le había llevado allí para turbar para siempre su tranquilidad? Hacíase estas preguntas con loco afán y la cabeza perdida perdida del todo.

Jacobo la miraba con aire ligeramente irónico. Parecía burlarse de sus tiernos amores. Oíale hablar: ¡Pobrecita! ¡qué aburrida debes estar aquí encerrada! ¡No seas tonta ven á Chatou-Robinson, ven á mezclarte con el bullicio y la alegría!... Creía Magdalena oír el tono de su voz, su misma risa; imaginóse por un momento que iba á tenderle sus brazos con un ademán que le era familiar. En un momento recordó su pasado, vió el cuarto de la calle Soufflot, toda aquella vida que creía ya muy lejana y de la que apenas la separaban algunos meses. Su felicidad presente, era pues, un sueño, su dicha no la merecía, robaba y mentía. Todo el fango de su pasado le subía al corazón asfixiándola.

La fotografía representaba á Jacobo siendo estudiante. Veíasele sentado á horcajadas sobre una silla, en mangas de camisa, con el cuello y los brazos desnudos, fumando una pipa de barro blanco. Magdalena observó una pequeña señal que ostentaba en el brazo izquierdo acordándose de las muchas veces que la besara. Los recuerdos le produjeron la sensación de un hierro candente sobre la carne viva,

haciéndola pensar con amargura en todas las voluptuosidades que aquel hombre le había hecho conocer. Se imaginaba tenerle aún á su lado medio desnudo, aprisionándola contra su pecho. Antojábasele que sus brazos enlazaban su talle, dándole el estrecho abrazo de su primer amante. Fatigada por estas ideas, creyéndose prostituida y mirando á su alrededor con la zozobra de una mujer adúltera, se dejó caer en una butaca. La habitación estaba silenciosa y discretamente medio oscura, el aire parecía henchido de esa calma voluptuosa que en un lugar cerrado exhalan seis meses de amor. El retrato de Guillermo colocado sobre un canapé sinreía tiernamente á Magdalena. Y ésta palideciendo bajo esta mirada de amor, en medio de aquella calma sentía que Jacobo la poseía y la desgarraba las entrañas.

Recordaba que Jacobo, antes de su partida le había entregado una fotografía como la que el azar había puesto ante sus ojos. Pero la víspera de su entrada en el pabellón, creyéndose obligada á ello quemó aquel retrato no queriendo introducir el retrato de su primer amante en la casa de Guillermo. ¡Aquel retrato resucitaba y Jacobo penetraba allí, á su pesar, violando su retiro! Levantóse y volvió á coger el álbum. En el dorso de la fotografía leyó esta dedicatoria: «*A mi antiguo compañero, á mi hermano Guillermo.*» ¡Guillermo el amigo, el hermano de Jacobo! Magdalena pálida como una muerta, dejó el álbum y volvió á sentarse. Con la mirada inmóvil y los brazos caídos quedó pensativa mucho tiempo.

Pensaba que debía ser culpable de algún grave delito, puesto que tan cruelmente pagaba seis meses de felicidad. Habíase entregado á dos hombres, y estos dos hombres se querían fraternalmente. Consideraba en su amor algo de incestuoso y repugnante. En otra época, en el barrio Latino, había conocido á una joven que se entregaba á dos amigos y que indistintamente cambiaba la cama de uno por la del otro. Acordándose de aquella desgraciada se juzgó tan infame como ella. En lo sucesivo entregándose á Guillermo, se sentiría poseída por el fantasma de Jacobo y acaso se complacería en el monstruoso goce de ser acariciada á un tiempo por dos hombres. Su angustioso porvenir le apareció tan descarnado y tan terrible entonces, que tuvo la idea de huir para siempre.

Pero sintióse cobarde. ¡Era tan dichosa en aquel nido tibio y suave con la ternura inmensa con que la rodeaba la adoración de Guillermo! Y después, ¿acaso las caricias de éste no conseguirían hacerla olvidar á Jacobo, conquistando la perdida paz, sintiéndose digna y fiel? Preguntóse sino sería mejor contárselo todo á su amante, y cuando

conociera su pasado, implorar su perdón. Pero la idea de semejante confesión, la aterrorizó. ¿Cómo se atrevería á decir á Guillermo que había sido la antigua querida de su mejor amigo, de su hermano? La arrojaría de su lado, pues Guillermo no aceptaría jamás la infamia de tal comunidad. Se daba estas razones como si fuese aún la querida de Jacobo. Tanto le sugestionaba y lo sentía vivo dentro de su corazón.

Mejor sería callar; encerraría dentro de sí misma toda su vergüenza. Dudaba también antes de aceptar tal extremo. Su naturaleza recta y franca se sublevaba ante la idea de una mentira eterna, no creyéndose bastante fuerte para vivir sonriente en medio de su infamia y de sus remordimientos. La resolución sería confesarlo todo á apelar á la fuga. Estos tumultuosos pensamientos precipitábanse en su cerebro vacío, con ruidos y choques dolorosos. Interrogábase sin acertar á resolverse. De pronto oyó abrir la puerta de la calle y subir rápidamente la escalera. Guillermo entró:

Venia pálido. Se arrojó en el canapé y rompió en sollozos. Magdalena, sorprendida y aterrorizada, creyó que lo sabía todo y se levantó temblorosa.

Guillermo no cesaba de llorar, con la cabeza entre las manos, desesperado, tendiendo por fin los brazos á Magdalena, exclamó con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Consuélame! ¡consuélame! ¡Sufro tanto!

Magdalena se sentó á su lado, ignorando si sería ella la causa de su llanto, olvidando sus propias penas ante el dolor que su amante sentía.

—Di, ¿qué tienes?—le preguntó acariciándole con las manos.

Guillermo la miró con la vista extraviada.

—No quería llorar en la calle—balbució,—y corría, me ahogaba... tenía prisa por llegar... Déjame llorar mucho... esto me alivia.

Secó sus lágrimas y volvió á llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No le veré más!

La joven creyendo adivinar la causa de tan terrible desconsuelo, sintióse presa de una gran piedad. Atrajo á Guillermo á sus brazos con ternura, y le besó en la frente, enjugando las lágrimas y consolándole con sus afligidas miradas.

—¿Has perdido á tu padre?—le preguntó de nuevo.

El dijo que no con la cabeza. Después juntó las manos y con esa voz humilde de los desesperados:

—¡Pobre Jacobo mío!—exclamó dirigiéndose á una sombra que parecía ver ante él, ¡mi pobre y querido Jacobo!

¡Ya no me querrás como siempre me quisiste! ¡Yo que ni aun me acordaba de ti sino cuando has muerto!

Al oír el nombre de Jacobo, Magdalena que seguía enjugando las lágrimas de Guillermo, se levantó convulsa. ¡Jacobo muerto! Permaneció como idiota preguntándose si acaso ella no tendría la culpa de la muerte de aquel muchacho.

—¡Ah! Magdalena, tú no lo conociste—proseguía Guillermo,—nunca creo que te hablé de él. He sido un ingrato, pues mi propia dicha me hacía olvidar todo lo que no eras tú... ¡Tenía un corazón de oro, una naturaleza abnegada! ¡No tendré jamás en el mundo un amigo como él! Mi único afecto antes de conocerte era el suyo. Tú y Jacobo habéis sido los únicos seres á quienes yo he querido con toda mi alma! ¡Y lo he perdido!...

Un sollozo le interrumpió por un momento.

—En el colegio, cuando éramos muchachos y me pegaban era él quien me defendía siempre. Me ha evitado muchas lágrimas y me ofreció su amistad y su protección, á mí, que vivía como un paria rodeado del desprecio y de la burla de todos. Cuando era niño le adoraba como á Dios, y hubiese rezado ante él si lo hubiese querido. Le debía tan inmensa gratitud, que no sabía cómo demostrársela ni cómo podría pagarle un día mi deuda de agradecimiento. ¡Y he permitido que muriese lejos de mí! ¡No le he querido como él se merecía!

La emoción le ahogó otra vez obligándole á guardar silencio un rato. Después prosiguió:

—¡Qué felices días hemos disfrutado! Corríamos por los campos cogidos de las manos. Recuerdo que una mañana, estábamos cogiendo cangrejos y me decía: «Guillermo, no existe más que una cosa buena en el mundo, la amistad. Querámonos mucho, que más tarde nos servirá de consuelo.» ¡Pobrecillo! ¡Ya ha muerto y quedo solo! Mas para mí vivirá siempre... Ya no tengo á nadie más que á ti, Magdalena. He perdido á mi hermano.

Sollozó amargamente tendiendo los brazos á Magdalena con gesto de supremo abandono.

Magdalena sufría. Su profunda pena, los recuerdos punzantes de Guillermo, le causaban un singular sentimiento de rebelión; no podía oír en su boca el apasionado elogio de Jacobo sin tener tentaciones de gritar: «¡Calla! Jacobo te ha robado la felicidad, no le debes nada.» Pero le faltaba un postrer dolor; quedarse cara á cara con su pasado ante él mismo cuyo amor le imponía el olvido. Magdalena sufría una horrible angustia, oyendo á Guillermo sin atreverse á taponarle la boca, aterrorizada por lo que oía,

por aquel lazo poderoso de amistad y de gratitud que unía á sus dos amantes. Escuchaba la desesperación de Guillermo, como si llegase hasta ella el ruido amenazador de una ola que avanzase para sepultarla. Inmóvil y muda Magdalena observaba una actitud de extraña frialdad. No sentía más que una cólera sorda. La muerte de Jacobo la irritaba. Había sufrido una especie de desgarramiento interior y se sublevaba al ver que aquel hombre no podía morir para ella. ¿Con qué derecho, puesto que estaba muerto, venía á perturbar su tranquilidad?

Guillermo tendiéndole siempre sus brazos, repetía:

— ¡Pobre Magdalena! ¡Sé mi consuelo! ¡Nadie más que tú me queda en el mundo!

¡Consolarle por la muerte de Jacobo! ¡Qué sarcasmo y qué crueldad! Le abrazó de nuevo, enjugándole las lágrimas que vertía por su primer amante. El extraño papel que representaba en aquel momento, la hubiera hecho llorar si hubiese podido encontrar lágrimas. Pero permaneció severa é implacable: no tuvo ni un sollozo ni el menor enternecimiento por aquél que hubo amado, no expresó más que una secreta cólera contra el dolor de Guillermo. Volvía á ser la hija del obrero Ferat.

— Debía quererle más que á mí— pensaba,— y si sorprendiese mis pensamientos me arrojaría de esta casa.

Después por decir algo, impulsada por una curiosidad acerba preguntó con duro acento:

— ¿Cómo ha muerto?

Entonces Guillermo, refirió como en casa de su banquero obligado á esperarle cogió maquinalmente un periódico. Los ojos se detuvieron en el epígrafe de un suelto que narraba un naufragio, el de la fragata *Profeta* arrebatada por un ciclón en las cercanías del Cabo. La embarcación se había deshecho contra unos arrecifes y toda la tripulación había sucumbido. Jacobo, que iba á Conchinchina, no descansaría en un sepulcro, donde los suyos pudieran arrodillarse. La noticia era oficial.

Cuando la angustia de los amantes se hubo calmado durante la noche, Magdalena pensó con más tranquilidad en los dolorosos sucesos de aquel día. La cólera había desaparecido y sentíase enervada y triste. En otras circunstancias, si hubiese sabido la muerte de Jacobo hubiera encontrado lágrimas. Ahora, en el fondo de la alcoba, oyendo la agitada respiración de Guillermo que dormía á su lado con ese sueño pesado de los desgraciados, pensó en el muerto, en aquel cadáver destrozado por las rocas y mecido por las olas. Acaso en su postrer instante había pronunciado su nombre. Recordaba que un día viviendo en

la calle Soufflot, se hizo Jacobo un profundo rasguño en un dedo y que ella estuvo á punto de desmayarse á la vista de la sangre que resbalaba á lo largo de la mano. Le amaba entonces con toda su alma y hubiese velado meses enteros para cuidarle. En cambio ahora, muerto, sentíase llena de cólera contra él.

Sin embargo, le creía cerca de ella figurándose percibir hasta su aliento, sintiendo aquel vago estremecimiento que invadía su cuerpo cuando estaba junto á Jacobo. Se apoderó de ella una angustia infinita, como si la hubiesen arrancado un pedazo de su ser. Lloró mucho, sepultando la cara en las almohadas para que Guillermo no la oyese. Sentíase débil mujer y creíase abandonada y sola sobre la tierra.

Esta crisis duró largo rato. Magdalena la prolongaba involuntariamente recordando los días felices pasados junto á Jacobo; cada detalle que acudía á su memoria la conmovía más y más, reprochándose como si hubiese cometido un crimen, su indiferencia colérica de la víspera.

El mismo Guillermo si hubiese conocido aquella historia, le hubiera dicho que se arrodillasen juntos para rezar por Jacobo. Magdalena, cruzando sus manos, imploraba perdón al muerto que invocaba, y cuyos gritos de agonía, creía escuchar mezclados con el sordo bramido de las olas.

De pronto le asaltó un deseo violento que no intentó siquiera resistir.

Incorporóse dulcemente y bajó de la cama con infinitas precauciones para no despertar á Guillermo. Cuando estuvo en el suelo, le contempló inquieta, temerosa de que le preguntara dónde iba. Pero Guillermo dormía con los ojos llenos de lágrimas. Fué á buscar la lamparilla de noche y con los pies desnudos procurando ahogar el ruido de sus pisadas, y llegó al saloncito.

Fuese derecha al álbum y colocándole sobre un almohadón le abrió por el retrato de Jacobo. Era á éste á quien ella iba á buscar. Cubiertos los hombros por los rubios cabellos, envuelta en su camisa, pasó un largo rato contemplando á Jacobo. Un silencio sepulcral la rodeaba, y cuando escuchaba atentamente estremecida por vagos terrores sin causa, oía únicamente la febril respiración de su amante en la pieza inmediata.

Pareció á Magdalena que el retrato no ostentaba el aire burlón de la mañana anterior. Su cuello y sus brazos desnudos, su entreabierto camisa, no la irritaron como antes. Jacobo había muerto, y su imagen tomada una indefinible expresión de bondadosa tristeza. Magdalena sintió

Magdalena Ferat.—5

un gran consuelo contemplándole. Sonreíale con su cordial sonrisa de siempre. Sentado á horcajadas en la silla fumando su pipa de barro blanco, en la actitud que estaba acostumbrada á verle en la calle Soufflot, parecía perdonarla amorosamente.

Magdalena lloró entonces, pero sus lágrimas fueron más dulces y llegó á olvidarse de todo. Aquel retrato sería para ella una reliquia de la que nada temería. Recordó en aquel momento las luchas de la víspera, su indecisión y su ansiedad en tomar una resolución. Le parecía que Jacobo, compadecido de ella, le había enviado la noticia de su muerte para que viviese tranquila y dichosa. No le vendría ya á turbar sus amores; parecía también que le autorizaba á sepultar en el fondo de su corazón el secreto de sus relaciones. ¿Para qué hacer sufrir á Guillermo? ¿Por qué no intentar otra vez la dicha? Debía callarse por piedad y por ternura. Y hasta el retrato de Jacobo le decía: «Sé feliz, querida mía. Yo he muerto y no he de presentarme entre vosotros como la prueba viviente de tu vergüenza. Tu amante es un niño á quien yo he protegido, te ruego lo protejas y lo cuides á tu vez puesto que es desgraciado. Si eres buena, piensa siquiera alguna vez en mí.» Magdalena estaba convencida. Guardaría silencio y no sería más implacable que el destino que ocultó á Guillermo el nombre de su primer amante. Además lo había dicho él mismo, Guillermo: el recuerdo de su amigo Jacobo viviría siempre en él, y su confesión mancharía para siempre tan sagrada y dulce memoria. Sería infame hablar de ello. Cuando Magdalena se prometió á sí misma guardar silencio, le pareció que el retrato de Jacobo le daba gracias por el juramento.

Magdalena besó el retrato.

Magdalena volvió á acostarse, empezaba á amanecer. Guillermo, abatido, continuaba durmiendo. Ella también acabó por adormecerse, rendida, acariciando en su ligero sueño una lejana esperanza. Olvidadas las pesadumbres del día anterior volvió la paz y el amor á reinar entre ellos.

Pero la felicidad había huído. En el dulce retiro de la calle de Boulogne no renacería la calma de otros tiempos. La funesta visión del pobre náufrago vivía con ellos, saturando de tristeza el nido de los amantes. Olvidaban sus besos y permanecían días enteros uno al lado del otro casi sin hablar y entregados á sus dolorosos recuerdos. La muerte de Jacobo había pasado por su tibia soledad como un soplo helado que les hacía temblar; parecíales que las habitaciones donde la víspera vivían uno en las rodillas de otro, eran inmensos salones desiertos, y abiertos á to-

dos los vientos. El silencio, la sombra, que habían besado y deseado ardientemente les causaba ahora un vago terror. Sintieron solos, demasiado solos.

Un día Guillermo no pudo retener una frase cruel.

—Este pabellón—dijo,—parece verdaderamente un sepulcro, nos ahogamos aquí.

Arrepintiéndose en seguida de haber pronunciado aquellas palabras y abrazando á Magdalena, añadió:

—Perdóname, no sé lo que me digo, no hagas caso.

En aquel momento creía sinceramente que sería posible olvidar y ser felices no recordando que es muy raro tener el mismo sueño dos veces. Cuando pasó aquella crisis que los anonadaba, ambos perdieron la fe, la confianza ciega que se profesaban. Magdalena sobre todo cambió más. Tanto había evocado su vida anterior, que no podía abandonarse en los brazos de Guillermo afectando una tranquilidad que no sentía. Su destino era sufrir siempre, había padecido mucho y no cesaba de presentir nuevas y grandes pesadumbres que le amenazaban. En otra época importábasele muy poco y no la avergonzaba su título de querida, le parecía natural amar y amaba ella misma, sonriente y olvidándose del mundo. Actualmente padecía su orgullo y renacían sus angustias de la calle Soufflot, pareciéndola que Guillermo la robaba su estimación á los ojos del mundo. La cosa más insignificante le recordaba que en el pabellón de la calle Boulogne no estaba en su casa. Esta idea: «Soy una mujer entretenida» atravesó un día por su cerebro abrasándolo, huyó á su cuarto y lloró amargamente, colérica contra ella misma.

Guillermo generoso siempre, le hacía regalos muy á menudo. Al principio recibía los obsequios con infantil alegría, sin reparar en el valor de los regalos. Estos le importaban poco, ella no veía más que el cariño constante de su Guillermo. Los aceptaba como simples recuerdos. Después de la cruel sacudida que la despertó de su sueño, la extrañaba verse vestida con lujosos trajes de seda y ataviada con brillantes que no había pagado ella. Desde entonces todo esto acrecentó su amargura, herida por aquel lujo que no le pertenecía. Sufría al ver los encajes que adornaban su lecho, con lo voluptuosamente muelle y rico de éste y con el espléndido mobiliario del pabellón. Contemplaba todo lo que le rodeaba, considerándolo como el precio de su vergüenza y de su deshonor.

—¡Me vendo!—pensaba Magdalena, muchas veces presa de horrible angustia.

En aquellos días de honda tristeza Guillermo la trajo un brazalete. Palideció al ver la joya y permaneció silencio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO 12 123"
Año 1925 MONTEPÓN, S.M.

sa. Guillermo admirado de no verla como de costumbre saltar á su cuello, la preguntó con dulzura:

—¿No te gusta?

Tardó un instante la joven en contestar, después de voz temblorosa, dijo:

—Estás gastando mucho conmigo, en cosas que no hacen falta. Más te querría si no me regalaras...

No podía terminar; la ahogaba un sollozo. Guillermo vamente impresionado sin comprender la causa de aquella palidez la atrajo hacia sí.

—¿Qué te pasa?—la preguntó.—Magdalena mía qué son los pensamientos que se te ocurren... ¿No eres mi mujer?

Magdalena le miró y su mirada fija, casi dura le declaró: «No, yo no soy tu mujer.» Si hubiera tenido valor, le habría propuesto á su amante que ella misma costeara los vestidos y el alimento desde aquel día, á sus rentas aunque fuesen insignificantes.

Cuando, al poco tiempo, Guillermo la regaló un traje, dijo riendo nerviosamente:

—Gracias, gracias, pero en lo sucesivo déjame comprar todo esto. Tú no entiendes y te roban miserablemente.

Desde entonces Magdalena hacía sus compras. Cuando su amante quiso reintegrarla el gasto, hallaba recursos para aplazarlo y pretextos para rehusarlo. Permanecía siempre en guardia, librando verdaderas batallas para conservar el orgullo que la menor cosa mortificaba y hacía sufrir. La verdad era que la vida hacía insoportable en la calle de Boulogne. No negaba Magdalena que amase á Guillermo, pero aquella vida de continuos sobresaltos é inquietudes la fatigaba. Otras veces pensaba que Guillermo le era indiferente y que á pesar de ello temía la abandonase como en otro tiempo la abandonó Jacobo, y ante esa idea lloraba horas enteras, pensando que nueva serie de infortunios y de vergüenzas la esperaba.

Guillermo observó que Magdalena tenía algunas veces los ojos enrojecidos por las lágrimas. En parte adivinaba lo que sufría. Hubiera querido ser cariñoso y amable, consolarla, y á pesar suyo estaba cada día más nervioso, más febril. ¿Por qué lloraba de aquel modo? ¿Era despreciada á su lado? ¿Echaba de menos un amante? Esta última suposición le hacía muy desgraciado y también perdía la fe y la ilusión de los primeros días. Pensaba en aquel pasado de Magdalena que no conocía, que no quería conocer y en el cual no podía dejar de pensar ni un solo momento. Las crueles dudas que había tenido la tarde que fueron á Verrières, le volvían á atormentar. Se inquietaba por los años transcurridos y espiaba á la joven para

encontrar una confesión en sus gestos ó en su mirada, y cuando creía sorprender en ella un pensamiento que no era para él, se acongojaba. Ahora que le pertenecía debía ser suya exclusivamente, y creíase suficientemente enamorado para merecer el amor de Magdalena. Muchas veces cuando Guillermo estaba al lado de su querida, ésta no le escuchaba, le dejaba hablar solo, dejando vagar su mirada distraída, abismada en sus secretos pensamientos; entonces se callaba, creyéndose despreciado y acometíanle súbitos arranques de orgullo que casi cambiaban su amor en desdén. «Mi corazón se ha engañado, pensaba, esta mujer no es digna de mí, ha vivido demasiado para saber corresponder á mi cariño.»

No llegaron nunca á tener verdaderas disputas, pero permanecían en tácito estado de guerra, y las palabras amargas que cambiaban con frecuencia, los dejaba abatidos y desesperados.

—Tienes los ojos encendidos—decía Guillermo,—¿por qué te ocultas para llorar?

—No lloro, estás equivocado—respondía Magdalena tratando de sonreír.

—No, no me equivoco. ¿Te crees desgraciada á mi lado?

La joven decía que no con la cabeza y conservaba su risa forzada y su actitud de mujer perseguida. Entonces Guillermo la tomaba las manos tratando de calentarlas entre las suyas, y como las manos de ella siguieran frías é inertes, él las dejaba caer diciendo:

—Soy un pobre enamorado ¿verdad?... No sé hacerme querer... Hay hombres que nunca se olvidan.

—Eres cruel—respondía la joven con amargura y ofendida dolorosamente por aquellas alusiones.—No olvido lo que soy y por eso lloro, ¿qué te figuras, Guillermo?

Este bajaba la cabeza, y Magdalena añadía:

—Preferiría que conocieras mi pasado. Sabías entonces á qué atenderte, y de este modo no imaginarías vergüenzas que no existen. ¿Quieres que te lo cuente todo?

Guillermo rehusaba violentamente oír aquella confesión y estrechaba á su querida contra su pecho rogándola que le perdonase. Esta escena que se renovaba con frecuencia no pasaba nunca de lo dicho, pero una hora después volvían á sufrir, él con la egoísta desesperación de no poseerla por completo, ella ofendida en su orgullo y con la pena de no ser comprendida.

Otras veces Magdalena se arrojaba al cuello de Guillermo y lloraba francamente. Estas crisis de llanto que ningún motivo aparente justificaba, daban mayor tormento al joven. No se atrevía á preguntar á su querida, y la conso-